

CAMPEONES, CAMPEONES

Nada hay que una tanto a los hombres (y las mujeres) como usar la cabeza para dar testarazos y los pies cuando no se utiliza la cabeza. Solamente el cancerbero – disculpen la mitológica pedantería – puede tocar esa esfera llena de aire – las manos también piensan – con ese par de maravilloso dones que la naturaleza nos ha dado para alzar copas, jugar el as de copas y beber copichuelas.

Y bien, toda una nación celebra con júbilo haber sido los mejores en dar patadas a un balón para meterlo entre tres palos. Salvo algunos salvajes seguidores de fuera y otros no menos salvajes en calzoncillos dentro del campo, el balompié es como una guerra incruenta sin artillería, el nacionalismo domesticado convertido en competición deportiva. Todos los nacidos en este promontorio de Europa, entre los Pirineos y el Peñón de Gibraltar, han gritado al unísono: “yo soy español, español, español”. Enarbolando la bandera rojigualda miles de personas, ¿alguien puede decir quién es rojo y quién es azul? ¿Quién es de la extrema derecha o de la extrema izquierda? Esa tela simbólica – los republicanos estaban tan apegados a ella que sólo se atrevieron a cambiar un color por el más parecido al rojo – no es un trapo sino una patria. Y ya sabemos – como dijo Nietzsche – que la patria no es la tierra de los padres sino la tierra de nuestros hijos. Ójala estos puedan ver por tercera vez a España campeona del mundo en la televisión de su propia morada donde, a diferencia del nazareno, puedan recostar la cabeza.

Mientras tanto, gracias a nuestros jugadores por demostrarnos que el trabajo y la perseverancia alcanza sus frutos cuando se hacen bien las cosas. Tomen nota los que deben tomarla.

Pablo Galindo Arlés

23 de julio de 2026